

CAÑAMO



Número 62 Febrero Solo Adultos  
3,70 euros

# CAÑAMO

LA REVISTA

DEL CANNABIS

KANNABIS

## GRECIA SE MUEVE?

NUEVA SECCIÓN:  
ALQUIMIA  
CANNÁBICA

CÓMO CONSTITUIR  
TU ASOCIACIÓN  
CANNÁBICA



FAUSTO  
- el hippy -

¡estrenamos cómic!



www.canamo.net



EDITORIAL	6
El Tarot. La Justicia: manejar la espada	8
RELATOS SUBJETIVOS: "La fruta prohibida"	10
ANTIPROHIBICIÓN: Catas y Copas	12
"La OMS y el Prohibicionismo"	14
CONSULTORIO LEGAL: "Cómo constituir tu asociación cannábica"	16
SEÑALES DE HUMO	18
CARTAS AL DIRECTOR	26
MEDICINA, entrevista: José Carlos Bouso: "Las sustancias no saben de ética ni de moral"	28
MENTALIDAD IMPOSIBLE: "Viejos ídolos"	34
ECOLOGÍA: "Cáñamo industrial y su legislación comunitaria (II parte)"	36
" <i>Prestige</i> : las heridas del mar, el grito de un pueblo"	38
DOSSIER: ¿GRECIA SE MUEVE?	40
Cannabis en Grecia	42
Breve historia política de Grecia y su alfabeto	48
La cultura del rebético	50
Glosario de la cultura cannábica griega	54
Historia del movimiento antiprohibicionista griego	55
Prohibición y consumo: ¡Helada es Grecia!	56
Entrevista: Yorgis Oikonomopoulos, del RAK (Movimiento Antiprohibicionista Radical)	62
MEMORIAS DE LA DÉCADA PRODIGIOSA: "Los hippies y los bonobos"	68
Sin Papeles: Narguile	70
ENFOQUE GLOBAL: "Mosaico bizantino"	72
LEER Y VER	74
Cómic: Fausto	76
AUTOCULTIVO: Cultivo biológico (II parte): "El suelo como ecosistema"	78
Curso de alquimia cannábica( I parte)	80
Criadores de cannabis: Miguel Rodríguez, de CannaBioGen	84
Transporte y logística en las plantas (V parte)	88
CARTAS Y FOTOS DE LOS LECTORES	92
PSICONÁUTICA: Drogas de diseño (III parte)	102
Viajando en el tiempo: el calendario maya (II parte)	106
Curiosidades antropológicas: "Curas, monjas y errores diabólicos"	110
LA PLANTA DEL MES: Iboga australiana	112
COCINA CANNÁBICA: <i>Smart cooking</i>	114
EL ZOCO DEL BABÁ	116
SELECTOR	117
COLGADOS EN LA RED	126
AGENDA Y PASATIEMPOS	128





# Curas, monjas y “errores diabólicos”

GIORGIO SAMORINI

TRADUCCIÓN: ENDER

En Italia, país de papas y personas “temerosas de Dios”, sucede con cierta frecuencia que curas, monjas o devotos católicos son víctimas de un error en la identificación de hongos, y en vez de ingerir los comestibles comen la *Amanita muscaria*. Lo que resulta estadísticamente extraño es el hecho de que estos religiosos no confunden los hongos inocuos con la *Amanita faloides* u otras setas venenosas –como hacen los demás audaces intoxicados por setas–, sino ¡con un hongo alucinógeno!

Si nos atenemos a mis polvorientas búsquedas en las bibliotecas, este “error diabólico” parece presentarse desde hace al menos tres siglos. Por ejemplo: en octubre de 1789, siete mujeres transcurren un período de retiro espiritual en un convento cercano a la ciudad de Verona. La monja cocinera prepara un plato a base de humildes hongos del bosque adecuado a la dimensión meditativa del rito espiritual. Un error de identificación, un error banal pero de profundo alcance histórico, transforma la comida de mediodía en una comunión colectiva a base de *Amanita muscaria*. Dos horas después, cuando ya todas se habían retirado al silencio meditativo de sus celdas de clausura, de una de ellas escapa una sonora carcajada que retumba por todo el convento. Ésta desencadena un estallido de risa en una celda contigua, y mientras las dos primeras mujeres se aventuran en un irrefrenable dueto de carcajadas, de una tercera celda sale otra mujer semidesnuda que se lanza a “correr bulli-ciosa por el claustro, por todas partes, mientras con amplias sonrisas saludaba a las monjas que la perseguían por todo el convento”. Otra mujer está arrodillada delante de una estatua de san Antonio y, con las manos entrelazadas, pide confesión. En el convento es el caos; es un correr por todas partes para detener a las “endemoniadas” que durará hasta muy avanzada la noche, bajo las incesantes risas que escapan de un par de celdas de las mujeres, que no han pensado siquiera en descorrer desde el interior el pesado cerrojo de sus puertas, demasiado concentradas en el toma y daca de sus carcajadas.

Pocos años más tarde, en 1795, los efectos de la *Amanita muscaria* se hicieron sentir en un convento de Pavia, donde algunos frailes, después del acostumbrado atra-

ción de hongos tenidos por comestibles, “tuvieron alteraciones del sistema nervioso manifestando extraños comportamientos libidinosos”.

Un par de años antes, un cierto abad Giardini fue víctima, en la misma ciudad, del tristemente célebre error de identificación –el error diabólico–, error en cuanto que era tenido por una obra del demonio. En el informe del fraile superior, escrito en 1793, se cita: “El abad Giardini paseaba por la iglesia absorto en una especie de éxtasis y afirmaba sentirse ‘todo espíritu’. Estaba desconcertado, mil imágenes ocupaban su mente”. Pero no parece que este fraile se hubiera dejado engañar ni siquiera un poco. Reconocidas, como experto profesional, las visiones de las que era objeto como obras del demonio, salió de la iglesia y se metió dos dedos en la garganta para provocar el vómito.

No saber que los hongos que se están comiendo son alucinógenos puede llevar a interpretaciones delirantes sobre lo que se experimenta en la mente, pero puede también desencadenar experiencias extáticas y místicas muy profundas –especialmente entre creyentes religiosos–, y que suceden más raramente entre los consumidores intencionados de estos hongos. Es como si el “conocimiento” de los hongos alucinógenos limitase la potencialidad más propiamente enteógena (reveladora de la divinidad) de los mismos.

En algunos cultos religiosos enteogénicos del pasado, el conocimiento del “factor enteógeno” se mantenía oculto a los fieles y era transmitido en secreto a la casta sacerdotal. Según algunos estudiosos, esto habría tenido lugar en los misterios Eleusinos de la antigua Grecia, donde el “secreto de los secretos”, es decir, la verdadera composición de la bebida sacramental del oficiante, estaba controlada por algunos linajes de familias patricias. Además de los obvios motivos de poder, los hierofantes (sacerdotes) eleusinos creían tal vez que de haber hecho de dominio público la realidad de una droga psicoactiva como factor desencadenante de las visiones beatíficas de los participantes, ésta habría perdido potencia y “pureza”. Es probable que la parte más íntima del concepto de profanación de los antiguos cultos crípticos tuviera que

ver con el hecho de hacer saber o no a un iniciado que sus experiencias eran el fruto de la ingesta de un enteógeno.

Volviendo a las experiencias accidentales con *Amanita muscaria*, transcribo un caso estadístico ocurrido cincuenta años atrás. En 1956, una familia entera de siete personas quedó intoxicada después de una cena colectiva a base de “error diabólico”. Todas acabaron en el servicio de urgencia del hospital entre risas irrefrenables y conatos de vómito. En poco tiempo se restablecieron, a excepción de una mujer, que seguía manifestando profundos signos de “inestabilidad psíquica” y que, por tanto, fue tratada en la clínica psiquiátrica de Roma. La mujer permaneció durante un par de días en “estado de confusión”, tal y como informaron los médicos que siguieron el caso. Sin embargo, leyendo con atención el mencionado informe, se intuye que el “estado de confusión” es una etiqueta restrictiva para una potente experiencia mística. La mujer caminaba por los pasillos de la clínica con las manos unidas y los ojos vueltos hacia lo alto mientras afirmaba estar viendo a la Virgen, quien le decía haberle salvado de un cáncer de estómago. Oía una voz celestial y percibía el perfume de rosas que acompañaban la visión de santa Rosa. La mujer no había comido más hongos que los demás familiares, pero era –la única de la familia– católica muy devota, una “temerosa de Dios”.

Ver a la Virgen, oír voces celestiales y sentir un perfume de rosas son tres elementos característicos de las grandes experiencias místicas católicas. Por lo demás, la alucinación de ver a la Virgen es un concepto superficial y ajeno a la experiencia de quien la está “viendo”, con todo el impacto emotivo que la acompaña: se trata más propiamente de una aparición. A menudo el elemento distorsionador en estas experiencias es su medicalización.

En un caso similar de “error diabólico” registrado hace algunos años en Milán, el paciente, en evidente estado de éxtasis y de gracia, decía repetidamente a los médicos con quienes se cruzaba en la galería del hospital donde era tratado: “Es el día más bello de mi vida”. Es muy probable que, a pesar de la situación desfavorable en la que se encontraba –en un hospital–, aquel fuera para él verdaderamente el día más bello de su vida.

La frecuencia con la que las experiencias enteógenas con hongos –tan enraizadas en el inconsciente colectivo occidental y así asociadas ancestralmente a las experiencias religiosas– se presentan en las mentes de religiosos devotos católicos italianos es extraña y da que pensar.

Otra categoría profesional especialmente tocada por los efectos no buscados de las amanitas psicoactivas parecería ser la militar. Podría de nuevo no ser una simple casualidad si se considera el uso histórico de estos hongos como droga para combatir, tal y como he referido con anterioridad en esta misma revista. Los anales militares italianos de los últimos dos siglos refieren no



pocos casos de soldados rasos que tratan con ofensiva hilaridad a los superiores siendo sancionados por ello por el Código militar, aunque seguidamente son absueltos, pues se les declara “incapaces de querer y de entender”, al haber sido víctimas del error diabólico, es decir, de una intoxicación accidental con *Amanita muscaria*. Parece ser que en los ejércitos alemanes y de la Europa septentrional esto ocurre con mayor frecuencia, aumentando considerablemente en tiempos de guerra. Cito como ejemplo un caso italiano ocurrido recientemente en un cuartel alpino y reproducido en la revista *Pagine de Micologia* (vol. 17, 2002, pág. 184): “Durante unos ejercicios de maniobra en el bosque, un subteniente tropieza con un matojito de muscaria que confunde con *Amanita casarea*. Recoge los hongos y prepara con ellos un plato que ofrece para cenar a los oficiales de rango superior. Un sargento mayor que había comido en cantidad fue encontrado en la cantina gritando agitado: ‘¡Dejadme salir!’, mientras repetidamente intentaba salir por una puerta imaginaria, chocando contra el muro.” 🍄